



Revista de orientación católica

Seminario Interdiocesano Caracas.  
Apartado 413

Año 2 — Número 18 — Tomo 2 — Octubre de 1939

## Pax, Pax, et non erat pax

PAZ, PAZ, Y NO HABIA PAZ

Pocas veces tan actual la irónica expresividad de esta frase bíblica.

Nunca en la historia del mundo se había disertado tan ampliamente sobre la paz, como en nuestros días.

Tratados de paz, tratados de no agresión, conferencias del desarme, Sociedad de las Naciones, pactos, convenios, tratados, congresos, conferencias, viajes de amistad de los Presidentes de los Gobiernos y Ministros de Relaciones Exteriores.

Se clamaba enfáticamente: "¡Paz, Paz"!

"Y... no había paz".

Algo estaba desencajado en la constitución íntima de las grandes potencias.

Algo estaba desquiciado desde el tratado de Versalles, obra del odio y de la política sin Dios, conferencia internacional del que se excluyó expresa e intencionadamente al más positivo de los valores internacionales: el Vicario de Cristo en la tierra; obra sectaria que pulverizó el católico Imperio Austro-Húngaro, mientras hacía posible la hegemonía de la protestante Prusia sobre los estados alemanes.

Cuando Hitler, en el primero y más insolente de sus desplantes, se absorbió la católica Austria, Francia lamentaba demasiado tarde las consecuencias, de sus apasionadas e imprudentes reclamaciones de Versalles.

¿Qué principios de justicia rigieron el tratado de paz? Las ingenuas utopías del

megalómano Wilson, el odio secular de Francia a la casa de Austria, el principio de nacionalidades... Y se crearon los Estados Mosaicos — el volcán de Centro Europa — donde por singular paradoja, en nombre del principio de nacionalidad, se sojuzgaban, a la hegemonía de Checos y Servios, cinco y siete minorías nacionalistas; Hungría quedaba reducida a su tercera parte; y Austria se convertía en monstruo económico con una capital de dos millones para un total de seis millones de habitantes.

Algo estaba desquiciado en la constitución íntima de las grandes potencias; y cuando más se clamaba: "Paz, paz", surgía por doquiera un sordo estrépito de guerra.

Ayer no más, la consigna de Moscú para la campaña internacional comunista era el lema: "contra la guerra y el fascismo". Hoy el dictador comunista, olvidado de su consigna de ayer, camina del brazo del fñhrer racista. Qué aleccionador maridaje para tanto ingenuo adorador de uno y otro déspota.

Europa oficialmente se alejaba de Dios, manantial de amor y de justicia. El egoísmo se constituía en norma y fuente del derecho. El derecho era, en consecuencia, la voluntad del más fuerte: la realización descarada del "Príncipe" de Machiavelli. La agresividad provocadora de Berlín, Roma, Tokio y Moscú era la misma política egoísta y sin Dios de Francia, EE. UU. e Inglaterra. Pero sin máscaras y guantes blancos; con un nuevo estilo de sinceridad brutal.

¿Qué son los grandes imperios, sino grandes latrocinios? (San Agustín).

Los grandes estados se alejaban de Dios, fuente de paz. Por eso sus voces enfáticas de paz, resultaban consignas de guerra.

Hoy cuando la católica Polonia, la de los tristes destinos, parece agarrotada entre los brazos de hierro de dos inmensos imperios ateos, ¡qué melancólica grandeza revisten las recientes palabras del Papa al embajador de Polonia, Casimiro Papee!

"Cuanto más va predominando el espíritu materialista en el mundo, tanto más van aumentando los conflictos internacionales y los egoísmos de las agrupaciones individuales y de los mismos individuos en particular, siguiéndose de ello toda clase de perturbaciones. Solamente el espíritu católico y las enseñanzas de la Iglesia, aceptadas y practicadas, pueden dar la paz al mundo, no el poderío y la fuerza de las armas materiales..."

Dios sabe cual será el término de la pavorosa contienda europea. Una cosa es cierta. La guerra, que se inicia, será un flajelo de Dios para todas las partes contendientes. Para las democracias sin conciencia, que azuzaron la contienda civil española, y para las autocracias sin Dios;

